

ñar también su otro empleo en la iglesia parroquial.

Era su placer tocar las campanas y cuando se asía a sus cables difícilmente los soltaba. Por esto varias veces recibió del sacristán don Fernando Zorro reprimendas y no pocas protestas de aquellos que se mortificaban con los prolongados repiques.

Germán tenía un hábil ayudante llamado Felipe Antonio Mendoza, casado con una tal Candelaria de profesión sastre. Entonces ese cargo era muy codiciado y como Felipe Antonio había obtenido la preferencia, dió lugar al desarrollo de muchas emulaciones entre sus compañeros. Cuando el ayudante subía a repicar, los muchachos y profesionales envidiosos en son de burla lo coreaban con estas estrofas:

Tengo que tengo
un real de carita;
Con esto sostengo
mi Candelarita.
Tín, tán.

Y otros agregaban las seguidillas que siempre tenía en boca el loco Pepe Romero, que adaptaron al compás de ciertos repiques:

Si temiro nos miran
que nos miramos.
Es preciso, bien mío,
Nos contengamos.
Tín, tan.
Si piensas que en tí piensa
Mi pensamiento,
Piensas en una cosa
Que yo no pienso.
Que si pensara.
Como mal pensamiento
La desecrara.
Tín, tán.

La escalera del último andamio —el del campanario— estaba rota y para que prestara servicio, resolvieron Germán y su ayudante colocar unos pedazos de vara en la parte dañada que amarraron con lazos viejos. Así arreglada malamente la escalera, los dos empleados pasaban el peligro tanto de día como de noche sin el menor contratiempo.

Muchas veces al legar a remiendo que habían ejecutado, los lazos se aflojaban y los pedazos de vara trataba de safarse, pero a pesar de todo, los campaneros subían y la escalera continuaba prestando servicio. A estos empleados nunca les vino la idea de variarla o componerla de manera debida. Se acostumbraron a desafiar diariamente el peligro y a mirar con indiferencia hasta su propia vida. No otra cosa significaba el pasar por aquellos travesaños inseguros que traqueaban al recibir el peso de los dos empleados.

Sólo en alguna ocasión Germán aseguró con un rejo la parte de escalera que sobre el andamio del campanario descansaba, para evitar que se



corriera de su lugar, y que fué la única precaución sensata que adoptara y que más tarde le prestó ayuda tan importante que le salvó la vida.

A las doce del día de un mercado viernes del mes de mayo, en el año de 1887, Germán principió a trepar las escaleras de la torre occidental para subir al campanario a cumplir con sus obligaciones. Al llegar a la escalera peligrosa, Germán sintió un ruido extraño y ágil avanzó en la subida, pero apenas había cogido los travesaños de la parte que estaba asegurada con el rejo al andamio, los pedazos de vara y lazos del antiguo remiendo se safaron y la escalera quedó dividida en dejando a Germán en el aire bamboleándose, agarrado de fuertes ruidos desprenderse y lanzarlos travesaños que amenazaban con gritos angustiosos. Parecía que el campanero quisiera ejecutar en ese instante la peligrosa suerte que nuestros modernos acróbatas llaman "El vuelo del Cóndor" o "Saito de la Muerte".

Afortunadamente para Germán su ayudante llegó en esos momentos y al oír los gritos, subió o más bien voló por las escaleras hasta el andamio donde había ocurrido el accidente. Allí tomó nota de la situación peligrosísima en que se encontraba su compañero, a quien con mucha naturalidad le dijo: agárrese bien don Germán; no tenga miedo; tranque, que yo volveré al momento.

Bajó nuevamente el ayudante y tomó dos varas que habían en la entrada del campanario y con gran prontitud las condujo para con ellas intentar la salvación de su amigo. Los trabajos los principió en seguida —no había tiempo qué perder— y valién-

dose de maromas y exponiéndose a una caída, logró apuntalar la parte de escalera flotante. En esta forma consiguió mantenerla firme y así el campanero Germán apoyado por su ayudante, pudo subir al primer andamio en cuyo lugar quedó tendido y sin pronunciar palabra.

Mendoza continuó su obra activamente y obtuvo unir las dos partes de escalera como antes estaban, pero procuró asegurarla con el cable de una de las campanas. Con este remiendo pudo subir luego por la escalera sin peligros y prestar a Germán oportunos auxilios que mucho los necesitaba.

Los dos compañeros del campanario prometieron no divulgar la tragedia ocurrida, no les convenía. Y esta promesa lo cumplieron hasta que muerto Germán, su ayudante la comunicó con todos sus detalles a un miembro de familia que luego la refirió a otras gentes.

Hoy al campanario se asciende por unas magníficas escaleras de estilo moderno que dan todas las garantías de solidez y comodidad. El maestro Valerio Montañez, contratado por nuestro progresista y diiecto párroco acaba de llevar a cabo esta importantísima obra.

Y puede el simpático viejecito campanero de la iglesia, sin temor y sin obstáculos, llegar a la morada de María Concepción y sus hermanas, y al entablar conversación con ellas, hacer que éstas "campanas cantarinas" lancen sus notas de concentración".

B. GAITAN R.

